

JOHN LENNOX

¿DÓNDE ESTÁ DIOS



EN UN MUNDO CON

**CORONA
VIRUS?**



**¡Esperamos que
disfrutes este libro!**

Sabemos que estos son tiempos difíciles, y seguramente tú y las personas más cercanas a ti se han preguntado: ¿Dónde está Dios en esta pandemia? Esa es la pregunta que John Lennox trata en este nuevo libro escrito desde la sala (¡¡ahora dónde más?!) de su casa en Oxford, Inglaterra. Te animamos a tomar unos minutos y leer este libro. Hemos hecho esta edición gratuita porque nuestro deseo mayor es verte descansar en el amor del Dios del que habla este libro.

Con cariño:
Poiema Publicaciones

“Este libro nos recuerda de manera muy oportuna las verdades eternas. Con calidez, cuidado y perspicacia, John Lennox aborda algunas de las preguntas y temores con los que muchos de nosotros luchamos en estos momentos”.

— **Michael Ramsden**, Presidente de Ravi Zacharias
International Ministries (RZIM)

“Es una lectura clara, compasiva y crítica para estos tiempos. A los que creen, les ayudará a encontrar una confianza renovada en la razón por la que creen; a los que aún no creen, les ayudará a encontrar las respuestas clave que buscan”.

— **Keith y Kristyn Getty**, compositores

“En los últimos meses, el mundo ha cambiado para siempre. John Lennox ha escrito varios libros, pero ninguno en una semana como lo hizo con este. A pesar de su breve período de gestación, este material analiza el coronavirus desde una perspectiva histórica, científica, teológica y personal que nos ayudará a todos los que estamos pasando por esta situación a ver las circunstancias a través de un lente mucho más amplio”.

— **David Cranston**, profesor asociado de Cirugía, University of Oxford;
miembro del consejo administrativo de Green Templeton College

“Ninguna voz en el mundo occidental es más clara y más sabia que la de John Lennox. Si eres de los que se han detenido a pensar al escuchar al ángel de la muerte rondando por el mundo, este es el libro que debes leer”.

— **Os Guinness**, autor de *El llamamiento* y *La hora de la verdad*

“¿Cómo hemos de interpretar una pandemia global que ha hecho que la vida se detenga? ¿Dónde está Dios? ¿Cómo pudo haber permitido todo esto? El profesor Lennox combina su profundo entendimiento científico con la pasión de su fe cristiana para reflexionar en esta situación difícil y atemorizante. Aunque es profundo, este libro es fácil de entender. No afirma que tiene todas las respuestas, pero ciertamente aborda las preguntas más grandes y te ayuda a entender los retos que todos estamos enfrentando”.

— **Dr Peter Saunders**, CEO, International Christian
Medical and Dental Association (ICMDA)

¿DÓNDE ESTÁ DIOS

EN UN MUNDO CON

CORONA VIRUS?

JOHN LENNOX



Agradecimientos

Quiero agradecer a aquellas personas que me ayudaron de diferentes maneras en este proyecto: en particular a Tim Thornborough, el incansable director de publicaciones de The Good Book Company; a su director editorial, Carl Laferton; y a mi asistente de investigación, el Dr. Simon Wenham.

¿Dónde está Dios en un mundo con coronavirus?

© Poiema Publicaciones, 2020; concediéndole permiso a CLC Chile para distribuir este libro por medios electrónicos.

Publicado originalmente bajo el título *Where is God in a coronavirus world*, © John C. Lennox, 2020, por The Good Book Company.

A menos que se indique lo contrario, las citas bíblicas han sido tomadas de *La Nueva Versión Internacional* © 1999, 2015 por Biblica, Inc. Todos los derechos reservados. Usada con permiso.

Prohibida la reproducción total o parcial de este libro por cualquier medio visual o electrónico sin permiso escrito de la casa editorial. Escanear, subir o distribuir este libro por Internet o por cualquier medio es ilegal y puede ser castigado por la ley.

Poiema Publicaciones
info@poiema.co
www.poiema.co

ISBN: 978-1-950417-26-1
Impreso en Colombia
SDG

Contenido

Introducción	7
1. La sensación de vulnerabilidad	9
2. Catedrales y cosmovisiones	17
3. ¿El ateísmo ayuda?	31
4. Si existe un Dios amoroso, ¿por qué surgió el coronavirus?	45
5. Evidencia de amor	61
6. Dios lo cambia todo	69
Posdata	85

Para un mundo que sufre

JCL

Introducción

Estamos viviendo un período excepcional y determinante de nuestra era. Muchas cosas que considerábamos seguras se han ido, independientemente de cuál sea nuestra manera de ver el mundo y de cuáles sean nuestras creencias. Para todos nosotros, cristianos o no cristianos, la pandemia del coronavirus es algo desconcertante e inquietante. ¿Cómo podemos comenzar a analizarla y enfrentarla?

Este libro presenta mis observaciones sobre lo que estamos experimentando actualmente. Comencé a escribirlo hace una semana, pero las cosas han cambiado rápidamente desde entonces y, sin duda, seguirán cambiando. Las opiniones que expreso aquí son mías y no se le deben atribuir a la universidad ni a ninguna de las organizaciones a las que estoy afiliado. Es inevitable que el libro tenga ciertas deficiencias, así que me disculpo por ello.

Te invito a ti, lector, a que veas el libro de esta forma: tú y yo estamos sentados en una cafetería (¡si tan solo pudiéramos hacerlo!). En medio de la conversación, me preguntas lo que aparece en la portada del libro, así que pongo mi taza de café sobre la mesa e intento darte una respuesta honesta. Lo que leerás es lo que respondería para ofrecer algo de consuelo, apoyo y esperanza.

1. La sensación de vulnerabilidad

Esta situación es bastante surrealista.

Aquí estoy, con más de setenta años, sentado en casa con mi esposa, viendo en la televisión al ministro de salud del gobierno diciéndonos que quizá tengamos que quedarnos encerrados en casa por cuatro meses para tratar de evitar que nos alcance la pandemia del coronavirus que está sacudiendo al mundo. (Hay muchos tipos de coronavirus y este se llama Covid-19, aunque en este libro usaré principalmente el término “coronavirus”). Nos cuesta comprender que esta pandemia tenga el potencial de ser la peor que se ha visto hasta ahora, y que posiblemente todos nuestros cálculos actuales de su impacto se quedarán cortos ante la realidad. Pareciera que su dimensión y alcance salieron de una película de ficción. Y, sin embargo, es algo que está sucediendo actualmente.

Nunca antes habíamos experimentado el confinamiento de ciudades e incluso de países, el cierre de fronteras, la prohibición de viajes, la falta de servicios a excepción de los esenciales, la prohibición de reuniones deportivas masivas ni el temor que se respira en medio de poblaciones silenciosas. La velocidad con la que se está expandiendo la pandemia trae una presión enorme sobre los sistemas nacionales de salud, y la producción de los recursos necesarios se ha incrementado como nunca.

Europa se ha convertido en el centro de una pandemia que se originó en China¹. Por un lado, las noticias en la televisión muestran calles vacías, estantes vacíos en los supermercados, estadios vacíos e iglesias vacías; y, por otro lado, los hospitales se están llenando de gente y hay una gran demanda de camas. Los trabajos y los negocios están en riesgo. El temor está acechando al mundo y crece día a día mientras más personas se ven afectadas.

Una consecuencia importante es la sensación universal de que somos cada vez más vulnerables. Muchos de nosotros nos hemos acostumbrado a un mundo más o menos estable, en donde la vida es bastante predecible. Ahora todo parece estar cayéndose a pedazos: las cosas con las que siempre hemos contado ya no están, y estamos

expuestos como nunca a fuerzas que no podemos controlar en absoluto. Las personas temen por su salud, tanto física como psicológica; por sus familiares y amigos, especialmente los de la tercera edad y los débiles; por sus círculos sociales, sus reservas de alimentos, sus trabajos, su seguridad económica y muchas otras cosas más.

En un ambiente tan inestable e incierto, es muy fácil perder el sentido de la proporción. Después de todo, parece que no nos cuesta tanto aceptar las estadísticas anuales de muertes por gripe. Public Health England, una agencia de salud pública de Inglaterra, estima que, en promedio, han muerto unas 17.000 personas en ese país por causa de la gripe durante los últimos cinco años; en los Estados Unidos, los centros de control y prevención de enfermedades dicen que la cifra allí es de 23.000 a 59.000 muertes entre octubre de 2019 y marzo de 2020. También se estima que en el 2019, 1,35 millones de personas murieron en carreteras alrededor del mundo. Sin embargo, el coronavirus nos asusta más que cualquiera de estas causas debido a su gran alcance y crecimiento exponencial, y al potencial que tiene de cobrarse la vida de multitudes incalculables. Soy consciente de que cuando leas esto, el número de personas que habrán muerto por

coronavirus será mucho mayor que el que se anuncia hoy en las noticias.

Francis Collins, el director del Instituto Nacional de Salud en los Estados Unidos, en una entrevista para *The Atlantic* que vale la pena leer, explica lo que más le ha sorprendido sobre este virus:

*“La increíble rapidez con la que este se transmite. Mucho mayor que la del SARS, el cual provocó mucho temor en el mundo hace 18 años, pero nunca alcanzó el nivel de propagación ni de muertes que tenemos por este coronavirus, porque no era igual de contagioso. El SARS solo lo podían transmitir las personas que estaban muy enfermas, pero tal parece que este virus lo pueden transmitir personas que tengan pocos síntomas o ninguno en absoluto ...”*²

¿Cómo deberíamos reaccionar ante todo esto? ¿Cómo podemos evitar caer en el pánico y la histeria?

YA HEMOS PASADO POR ESTO

Se han visto pandemias similares en el pasado. El caso más antiguo de los que se han registrado probablemente sea el de la peste antonina o plaga de Galeno, entre los

años 165 y 180 d. C. No se sabe exactamente de qué enfermedad se trató, pero se cree que fue sarampión o viruela, y le quitó la vida a alrededor de cinco millones de personas. Más adelante ocurrió la plaga de Justiniano (541-542 d. C.). Esta fue una enfermedad bubónica que pasó de animales (ratas) a humanos a través de las pulgas. Se calcula que murieron cerca de 25 millones de personas.

Hubo otra plaga bubónica, conocida como la peste negra, en el siglo catorce (1346-1353), la cual se cobró la vida de entre 70 y 100 millones de personas que vivían en Eurasia, reduciendo la población mundial en casi un 20 por ciento.

En los siglos diecinueve y veinte hubo varias pandemias de cólera en las que murieron más de un millón de personas. Una pandemia de gripe se cobró la vida de entre 20 y 50 millones de personas entre 1918 y 1920. Yo ya había nacido cuando murieron dos millones de personas por la gripe asiática entre 1956 y 1958, y otro millón de personas por la gripe de Hong Kong entre 1968 y 1969. El total de muertes por la pandemia de VIH/Sida, que tuvo su pico entre el 2005 y el 2012, fue de unos 32 millones de personas.³

Todas estas se clasificaron como pandemias. Además, hubo muchas epidemias —como la de Ébola y la

de SARS— que se mantuvieron confinadas geográficamente, y por eso no se califican como pandemias. Hace apenas 120 años, las personas de Occidente entendían que las epidemias —como la de tifus, de tuberculosis, del cólera y otras— eran parte de la vida cotidiana.

Se cree que el coronavirus, así como la peste bubónica, se originó en los animales y se extendió a los seres humanos. Pero como en el siglo veintiuno ha habido un gran avance en la comprensión de las enfermedades y de la medicina, eso probablemente ha hecho que muchas personas crean que las pandemias son cosa del pasado. Sin embargo, ahora estamos comenzando a darnos cuenta de que no es así. ¿Cómo respondemos a esta nueva situación?

¿ESTÁ DIOS AHÍ?

En otras épocas, cuando han ocurrido desastres nacionales en Occidente, las personas han acudido en masa a las iglesias y los líderes nacionales han hecho llamados a la oración. Estas cosas son poco comunes hoy en día, aunque algunos líderes nacionales han pedido a las personas que oren —así como lo han hecho muchos líderes de iglesias en todo el mundo, por supuesto. El presidente del tribunal supremo de Sudáfrica, Mogoeng, hizo una

petición memorable: “Llamo a todos aquellos que pueden orar, a que vean la oración como una necesidad absoluta de ahora en adelante”.⁴

Pero hoy en día son cada vez menos las personas que conocen de Dios. Ya que las iglesias en todo el mundo se están cerrando para limitar la propagación del virus, muchos se preguntan dónde está Dios y si acaso existe. ¿Está Dios en cuarentena? ¿Tenemos acceso a Él? ¿En dónde o de quién podemos recibir consuelo y esperanza reales?

2. Catedrales y cosmovisiones

En tiempos de crisis, lo que buscamos es esperanza. En un artículo del *New York Times* del 10 de marzo de 2020, el periodista italiano Mattia Ferraresi escribió lo siguiente:

“El agua bendita no es un gel antibacterial y la oración no es una vacuna... Pero para los creyentes, la religión es una fuente esencial de sanidad espiritual y de esperanza. Es un remedio en contra de la desesperación, pues provee una ayuda psicológica y emocional que es parte integral del bienestar. (También es un antídoto para la soledad, algo que varios expertos médicos señalan como uno de los problemas de salud pública más preocupantes de nuestra época.) (...)

En un nivel más profundo, la religión, para los fieles, es la fuente suprema de propósito. La afirmación más profunda de toda religión es que puede darle sentido a todo lo que existe, incluyendo —y tal vez especialmente— a las circunstancias caracterizadas por el sufrimiento y la tribulación. Si tomas esos postulados con suficiente seriedad, todo lo que no sea parte de un propósito mayor comienza a perder valor, incluso la salud física”.⁵

Cuando la vida parece ser predecible y estar bajo control, es fácil postergar las grandes preguntas o estar satisfecho con respuestas simplistas. Pero la vida no funciona de esa forma ahora mismo, no para nosotros. No debe ser una sorpresa que, independientemente de cuál sea tu fe o sistema de creencias, las grandes preguntas de la vida se estén abriendo camino hacia la superficie, demandando tu atención.

El coronavirus nos confronta a todos con el problema del dolor y el sufrimiento. Este, para la mayoría de nosotros, es uno de los problemas más duros de la vida. La experiencia ciertamente nos hace sospechar de las respuestas superficiales y de los intentos simplistas por hacernos aceptar este problema.

Entonces, lo que quiero tratar de hacer aquí es evitar ese tipo de “respuestas” y reflexionar contigo, lo más honestamente que pueda, sobre algunas de las ideas que me han ayudado a lidiar con estas preguntas difíciles ahora que el coronavirus ha comenzado a cambiarlo todo.

CATEDRALES EN RUINAS

Es posible que preguntes: “¿Por qué necesitamos otro libro sobre el tema del sufrimiento cuando ya hay tantos disponibles?”. La respuesta es que muchos de esos libros se concentran en el problema del mal moral. Este libro se centra en lo que se conoce como el problema del mal natural; es decir, me centraré en la naturaleza fracturada, principalmente en el coronavirus, pero también en todo tipo de enfermedades y catástrofes naturales como los terremotos y los tsunamis.

El dolor y el sufrimiento provienen de dos fuentes distintas. En primer lugar, el sufrimiento puede llegar como resultado de desastres naturales y enfermedades por los cuales los humanos no somos responsables (de manera directa), como los terremotos, los tsunamis, el cáncer y el coronavirus. Esto conduce al problema del dolor o, como se conoce comúnmente, el problema del mal natural. Esta

terminología es desafortunada en cierta forma, ya que la palabra “mal” tiene connotaciones morales, pero ni los terremotos ni los tsunamis son agentes morales.

En segundo lugar, hay un sufrimiento por el cual los hombres y las mujeres sí son responsables de manera directa, como los actos de odio, terror, violencia, abuso y asesinato. Esto nos lleva al problema del mal moral.

La catedral de Christchurch en Nueva Zelanda, la catedral de Coventry en Inglaterra y la iglesia Frauenkirche en Dresde, Alemania, son símbolos poderosos y desgarradores de estos dos problemas. Estos tres templos en ruinas tienen marcas de dos cosas. Por un lado, muestran la belleza y elegancia que una vez tuvieron. Por otro lado, su deterioro muestra las profundas cicatrices de la catástrofe: un terremoto en Christchurch y bombardeos en Coventry y Dresde. Esto hace que cada catedral en ruinas presente una imagen donde se mezclan la belleza y la destrucción.

Las tres nos recuerdan que es poco probable que haya respuestas simples a las preguntas existenciales profundas que surgen después de una catástrofe. Para muchos de los que sufren, la situación es más que delicada; es extremadamente tormentosa. Los que no sufrimos el

dolor apremiante de otros corremos el riesgo de no ser lo suficientemente sensibles a sus situaciones.

Sin embargo, hay una diferencia entre Christchurch y Coventry. La catedral de Christchurch se derrumbó como resultado del movimiento de placas tectónicas; las catedrales de Coventry y Dresde quedaron destruidas como resultado de la guerra. Algunas personas comparan el terremoto de Christchurch con el ataque terrorista del 11 de septiembre en los Estados Unidos porque causó una conmoción similar en toda la nación. Sin embargo, hay una gran diferencia. La destrucción de las torres gemelas no fue un desastre natural; fue un desastre moral. Fue producto de la maldad de los seres humanos. Los terremotos, sin embargo, son catástrofes naturales, no morales.

Por supuesto, hay ocasiones en las que el mal moral y el mal natural están conectados. La situación es complicada porque uno de ellos puede llevar al otro; la deforestación comercial por codicia puede llevar a la degradación de la tierra, lo que a su vez puede causar desnutrición y enfermedades. Pero el brote del coronavirus parece ser un caso de mal natural (aunque el mal moral acecha de cerca en forma de compras compulsivas por el pánico y del

acaparamiento de alimentos). Inevitablemente, los teóricos de la conspiración buscarán culpar a algún agente humano. Los seres humanos transmitimos el virus, pero no de forma deliberada ni egoísta. Además, la presunción principal es que el virus se originó en animales y pasó a los seres humanos.

Habiendo dicho esto, sí hay evidencias de que inicialmente las autoridades de China estaban impidiendo que se divulgaran los informes sobre un nuevo virus que podría ser devastador. En su edición del 11 de marzo de 2020, el periódico *The Guardian* publicó un informe de Lily Kuo desde Hong Kong:

*“Las declaraciones oficiales del gobierno chino a la Organización Mundial de la Salud señalaron que el primer caso confirmado se diagnosticó el 8 de diciembre. Sin embargo, los médicos que intentaron advertir a sus colegas sobre una nueva enfermedad a finales de diciembre fueron recriminados. Las autoridades no admitieron públicamente que el virus se podía transmitir entre seres humanos hasta el 21 de enero”.*⁶

Tristemente, el Dr. Li Wenliang, el oftalmólogo de Wuhan que fue visto como un héroe en China por advertir sobre el coronavirus en diciembre de 2019, murió el 7 de febrero de 2020 a causa de este virus.

Sin duda, de aquí en adelante, y por mucho tiempo, habrá recriminaciones y contrarecriminations por la reacción de cada país ante el coronavirus. Pero nada de eso nos ayudará a lidiar con la crisis, ni nos ayudará a saber cómo reaccionar mejor a nivel personal.

Inevitablemente, la forma en la que respondamos dependerá hasta cierto punto de nuestra perspectiva. Una mujer anciana que se haya contagiado —y que, por lo tanto, esté entre la vida y la muerte en cuidados intensivos— verá el coronavirus de una manera muy diferente a como la ve el doctor que la está tratando, o el familiar que no la puede visitar, o el pastor que trata de ayudarla. Otra cosa que nos preocupa a muchos de nosotros es si lo tenemos o lo hemos tenido; y si pudimos haber contagiado o contagiaremos a otra persona.

Todos necesitamos entender el coronavirus de tres formas diferentes: intelectual, emocional y espiritualmente. Todas son importantes, y juntas presentan un reto tremendo para cada uno de nosotros.

Todos quisiéramos tener un entendimiento claro de la situación, y muchos pasarán horas viendo programas de noticias y buscando en Internet con la esperanza de encontrar más información que les pueda ayudar a entender lo que está pasando. Sin embargo, el análisis intelectual no eliminará nuestra tristeza. ¿Cómo podemos ofrecer esperanza o explicar el porqué de situaciones que son tan devastadoras y que realmente son irreversibles? Fluye una corriente interminable de preguntas profundas, y quizás este libro está convirtiendo esa corriente que hay en tu mente en una catarata. ¿Por qué me pasó esto a mí, o por qué les pasó a ellos? ¿Por qué se infectaron y murieron, y por qué yo no? ¿Dónde puedo encontrar alivio para mi dolor físico y mental? ¿Hay esperanza?

LO QUE HACE EL DOLOR

La experiencia humana y la medicina básica nos enseñan que el dolor tiene un papel importante en nuestra vida. En primer lugar, el dolor nos advierte del peligro. Si, por ejemplo, pones la mano muy cerca del fuego, tu sistema nervioso envía una señal a tu cerebro y sientes dolor, lo que hace que muevas la mano y la protejas de alguna lesión. Así que no podemos decir que el dolor es del todo malo.

En segundo lugar, el desarrollo físico conlleva cierta cantidad de dolor. Por ejemplo, si consideramos el atletismo, el montañismo o los juegos demandantes como el fútbol americano, el rugby británico y el boxeo, notamos que los entusiastas de esos deportes soportan una gran cantidad de dolor para poder llegar a ser los mejores.

En tercer lugar, a un nivel todavía más profundo, el sufrimiento y el dolor pueden contribuir a la formación del carácter. Hay muchos ejemplos de resiliencia y fortaleza ante el sufrimiento que terminan forjando caracteres de gran calidad. Es cierto lo que dijo el personaje Raskolnikov creado por el autor ruso Fiódor Dostoyevski: que no podía imaginar una persona grandiosa que no haya sufrido. “El sufrimiento y el dolor siempre son necesarios para llegar a tener una inteligencia elevada y un gran corazón”.⁷

Los padres suelen ser conscientes de esto. En ocasiones, permiten que un hijo pase por una experiencia dolorosa ya que saben, por experiencia propia, que al final le beneficiará.

No me considero un experto en el tema, pero permíteme darte un ejemplo personal. Hace algunos años, un dolor en el pecho me avisó que algo andaba muy mal. Me

llevaron corriendo al hospital, en donde vieron que la situación era tan grave que tendría que despedirme de mi esposa. La habilidosa intervención médica me salvó justo a tiempo de un fuerte ataque cardíaco que muy probablemente habría sido fatal. En cierto sentido, mi corazón había sufrido un terremoto.

Esa clase de experiencia cambia a cualquiera. A mí me enseñó mucho. Me enseñó que soy mortal y vulnerable; y ahora siento que se me devolvió la vida como un regalo precioso que debo atesorar. Además, fortaleció mi sentido de propósito y llamado.

LOS DESASTRES Y LAS COSMOVISIONES

Casi al mismo tiempo en que fui operado y librado de la muerte, mi hermana perdió a su hija de 22 de años, quien se acababa de casar, por un tumor cerebral maligno. Si le doy gracias a Dios por mi recuperación —y lo hago— ¿qué le voy a decir a mi hermana acerca de Dios? ¿Y qué diré acerca de Dios en medio de una pandemia como el coronavirus, donde no veo nada positivo, sino desastre tras desastre?

C. S. Lewis escribió una carta con la que muchos de nosotros nos podremos identificar:

*“Es muy difícil creer que las penurias [los problemas] de toda la creación que Dios mismo vino a padecer puedan ser necesarias en el proceso de convertir a criaturas finitas (con la capacidad de tomar decisiones) en... bueno, en dioses”.*⁸

Y ahora podríamos agregar el coronavirus a la lista.

Esta carta la escribió alguien que había sido ateo y abrazó el cristianismo en la mediana edad. Él exploró los problemas del dolor, el sufrimiento y el mal en dos de sus libros: *El problema del dolor* y *Una pena en observación*. Ambos libros ilustran el hecho de que nuestra actitud frente a estos temas profundos está influenciada por nuestra cosmovisión: el marco, construido durante años, que contiene la manera de pensar y las experiencias que cada uno de nosotros tiene en mente al tratar de responder las grandes preguntas sobre la vida, la muerte y el significado de la existencia. Todos tenemos este tipo de marco, sin importar qué tanto hayamos pensado en ello.

James Sire, en un libro muy útil llamado *El universo de al lado*, señala que básicamente hay tres grandes familias de cosmovisiones.⁹ En primer lugar, está la cosmovisión teísta, que es la de las tres religiones abrahámicas:

el judaísmo, el cristianismo y el islam. Esta enseña que hay un Dios que creó y sostiene el mundo, y que creó a los seres humanos a Su imagen. (Ten en cuenta que dije “familias” de cosmovisiones; hay diferencias cruciales dentro de cada categoría, como te diría cualquier judío, cristiano o musulmán que se tome en serio su libro sagrado.)

En segundo lugar, está el polo opuesto del acercamiento teísta: la cosmovisión atea, que sostiene que este universo (o multiverso) es todo lo que hay; no existe una dimensión sobrenatural. En tercer lugar, está la cosmovisión panteísta, que une los conceptos de Dios y del mundo en una entidad impersonal.

También soy consciente de que hay personas que optan por una perspectiva escéptica o agnóstica. Pero nadie es escéptico o agnóstico en cuanto a todo, así que en lo más profundo de su ser la mayoría de personas encaja en alguna de las tres cosmovisiones que acabo de mencionar.

Yo también me incluyo. Tengo una cosmovisión. Soy cristiano y por eso trataré de dejar claro por qué pienso que el cristianismo tiene algo que decir acerca del problema de los desastres naturales como el coronavirus, y es algo que no se encuentra en ninguna otra cosmovisión.

Tal vez estarás de acuerdo conmigo, o tal vez no. Pero espero que al terminar de leer este libro entiendas por qué los cristianos somos capaces de hablar confiadamente sobre nuestra esperanza y tener una sensación de paz, incluso en un mundo de incertidumbre en el que de repente la muerte está más cerca que nunca.

3. ¿El ateísmo ayuda?

Tu cosmovisión tiene un impacto significativo en la forma en que reaccionas ante desastres como la pandemia del coronavirus, y ante terremotos y tsunamis. Por ejemplo, muchos teístas respondieron al sismo de Nueva Zelanda afirmando su fe en Dios con las palabras del Salmo 46:

*“Dios es nuestro amparo y nuestra fortaleza,
nuestra ayuda segura en momentos de angustia.
Por eso, no temeremos aunque se desmorone la tierra
y las montañas se hundan en el fondo del mar;
aunque rujan y se encrespen sus aguas,
y ante su furia retiemblen los montes” (vv 1-3).*

Otros teístas dicen que las pandemias, los terremotos y los tsunamis son juicios directos de Dios, tal como lo sugirieron algunas personas de varias religiones respecto

a los terremotos y tsunamis en Japón (2011) y en Nueva Zelanda (2016). Sin embargo, esta respuesta es muy cruda y produce mucho daño innecesario.

En relación con esta perspectiva, una de las creencias fundamentales del panteísmo es que las personas sufren por causa de los pecados que cometieron en una vida anterior y, además, que el sufrimiento en su vida actual sirve para ayudarles a limpiar su karma.¹⁰ Por lo tanto, debido a que la cadena de causa y efecto es irrompible, no tiene sentido que se esfuercen por aliviar el dolor; eso solo serviría para hacer más lento el proceso de su purificación. Es difícil ver cómo esta cosmovisión puede ofrecer algo de esperanza a los que sufren por el coronavirus o cualquier otra enfermedad. Para complicarlo aún más, algunas filosofías orientales ven el sufrimiento como una simple ilusión.

Cuando una persona sufre alguna enfermedad grave o un accidente terrible, la Biblia no dice que debemos concluir que ha cometido en secreto pecados graves. Popularmente, se ha pensado que esa debía ser la postura de la Biblia. Sin embargo, todo el libro de Job en el Antiguo Testamento contradice esta idea. Dios mismo les dice a los amigos de Job que se equivocan al pensar que Job es responsable de su propio sufrimiento.¹¹

Además, el dolor y el sufrimiento de Job están causados por una mezcla del mal natural y el mal moral. La familia de Job sufrió dos ataques homicidas por parte de los sabeos y los caldeos (mal moral), y dos desastres naturales producto del fuego y del viento (mal natural). (Recalco que la palabra “mal” aquí no se refiere a que la fuente del sufrimiento es inmoral —el fuego no tiene moralidad en sí mismo—; más bien, indica que el daño que produce se puede describir como malo para los afectados.)¹²

Asimismo, Jesús negó de forma explícita que el sufrimiento estuviera relacionado necesariamente con el pecado cometido.¹³ De nuevo, como en Job, lo que se nos cuenta es relevante para el tema del mal natural y el mal moral. El historiador Lucas, quien escribió una biografía histórica de Jesús (a la que usualmente llamamos “Evanglio de Lucas” o simplemente “Lucas”), relata el incidente:

“En aquella ocasión algunos que habían llegado le contaron a Jesús cómo Pilato había dado muerte a unos galileos cuando ellos ofrecían sus sacrificios. Jesús les respondió: ‘¿Piensan ustedes que esos galileos, por haber sufrido así, eran más pecadores que todos los demás? ¡Les digo que no! De la misma manera, todos ustedes perecerán, a

menos que se arrepientan. ¿O piensan que aquellos dieciocho que fueron aplastados por la torre de Siloé eran más culpables que todos los demás habitantes de Jerusalén? ¡Les digo que no! De la misma manera, todos ustedes perecerán, a menos que se arrepientan” (Lucas 13:1-5).

Cuando le hablaron a Jesús de unas personas que habían sufrido una atrocidad causada por el Estado (mal moral), Él respondió recordando a un grupo de personas que habían muerto en un desastre natural (mal natural). En *ambos* casos, rechazó la opinión popular de que las víctimas de aquellos sucesos terribles seguro eran muy malvadas, y de que Dios las estaba castigando por sus pecados. La implicación es que vivimos en un mundo en donde cosas como estas pueden ocurrir y ocurren, pero no siempre son causadas directamente por Dios, aunque Él es soberano sobre todas las cosas.

Sin embargo, no debemos pasar por alto el comentario final de Jesús en esa ocasión, el cual nos muestra que el hecho de que alguien sea librado de lo que le ocurre a otros no significa que esa persona sea inocente: “Todos ustedes perecerán, a menos que se arrepientan” (más adelante profundizaremos en el tema del arrepentimiento).

Habiendo dicho todo esto, está claro que una parte de la enseñanza cristiana es que, aunque no todos los desastres y enfermedades son un juicio de Dios (como en el caso de Job), algunos sí lo son. Pablo, uno de los primeros líderes cristianos, le dijo a la iglesia en Corinto que algunos de ellos estaban enfermos como consecuencia del juicio de Dios. Dios quería que ellos se arrepintieran de su estilo de vida inmoral.¹⁴ Pero Pablo estaba escribiendo con el entendimiento especial de alguien que fue inspirado por el Espíritu de Dios. Nosotros no tenemos la misma autoridad para saber quién está siendo castigado o no. Ten cuidado con las personas que interpretan el dolor causado por un mal natural como un castigo divino. Pero también ten cuidado con los que afirman que Dios no tiene nada que decir a través de esta pandemia, particularmente a las sociedades occidentales que le han dado la espalda y lo consideran totalmente irrelevante para sus culturas.

POR QUÉ EL ATEÍSMO NO PUEDE AYUDARTE

Vale la pena observar que algunos ateos creen en algún tipo de “juicio” o “destino”, que es lo que hay detrás de la frase “se lo merecían”.

Y mencionar a los ateos me lleva al hecho de que muchas personas creen que la única solución al problema de la catástrofe y del mal natural es abandonar a Dios y abrazar el ateísmo. Dicen que el coronavirus, el cáncer, los tsunamis y los terremotos nos muestran precisamente que Dios no existe; debemos enfrentar el hecho de que el universo es así: duro e insensible, y que no le importa si vivimos o morimos.

David Hume, el filósofo escocés de la Ilustración, señaló los problemas con los que debemos luchar los cristianos como yo. Refiriéndose a un filósofo griego del tercer siglo antes de Cristo, hizo una declaración que se ha citado bastante:

*“Las viejas preguntas de Epicuro siguen sin respuesta. ¿Quiere [Dios] prevenir el mal, pero no puede? Entonces no tiene poder. ¿O puede, pero no quiere? Entonces es malvado. ¿O puede y quiere? Entonces, ¿de dónde sale el mal?”*¹⁵

Pero ¿hacia dónde conduce este camino ateo? La reacción dogmática de Richard Dawkins frente la realidad del sufrimiento nos da un vistazo :

“La cantidad total de sufrimiento por año en el mundo natural sobrepasa cualquier reflexión decente. Durante el minuto que me tome escribir esta frase, miles de animales serán devorados vivos; otros estarán corriendo para salvar sus vidas, gimiendo de terror; otros serán devorados lentamente por los parásitos que llevan dentro; miles de criaturas de toda clase estarán muriendo de hambre, sed y enfermedad. Así es como debe ser. Si alguna vez hay una época de abundancia, este mismo hecho conducirá automáticamente a un aumento de la población hasta que el estado natural de hambre y miseria sea restaurado.

En un universo de electrones y genes egoístas, de fuerzas físicas ciegas y de replicación genética, algunas personas van a resultar heridas, otras serán afortunadas, y no encontraremos ninguna moraleja ni razón en ello, tampoco ninguna justicia. El universo que observamos tiene precisamente las propiedades que deberíamos esperar si, en el fondo, no hay ningún diseño, ningún propósito, ningún bien ni ningún mal, nada más que indiferencia ciega y despiadada. El ADN ni sabe ni se preocupa. El ADN solo es. Y bailamos al ritmo de su música”.¹⁶

¿Cómo reacciona un cristiano ante esto? Lo primero que se puede decir es que parece que la versión determinista del ateísmo de Dawkins anula las categorías del bien y el mal y las reemplaza por una indiferencia ciega y despiadada en un universo fatalista. Sin embargo, rechazar el bien y el mal implica que no tiene sentido hablar de que el coronavirus es malo (aunque es difícil imaginar que Dawkins en realidad creyera eso).

Sin embargo, lo que dice Dawkins es un asunto importante ante el cual debemos preguntarnos si el sistema de creencias de los ateos es una reacción razonable ante el coronavirus. Si Dios no existe, ¿de dónde salen los conceptos del bien y el mal que todos tenemos? Nos quedamos sin la posibilidad de decir que el coronavirus y sus efectos son “malos” en cualquier sentido, ya que sus consecuencias, incluyendo las fatalidades que causa, son simplemente átomos que cambian su estructura.

Fiódor Dostoyevski escribió: “Si Dios no existe, todo está permitido”.¹⁷ Para evitar cualquier malentendido, Dostoyevski no quiso decir que los ateos no podían comportarse moralmente. Es evidente que ese no es el caso. De hecho, los ateos a veces se comportan de una forma más moral que muchas personas religiosas. La perspectiva

cristiana aquí es que todos los hombres y mujeres, ya sea que crean en Dios o no, son seres morales creados a imagen de un Dios creador. Por lo tanto, todos los seres humanos pueden comportarse moralmente. Dostoyevski no estaba acusando a los ateos de una falta de convicción moral. Más bien, estaba sugiriendo algo más profundo: que los conceptos del bien y el mal no tienen una justificación racional si Dios no existe. La afirmación de Richard Dawkins respalda totalmente esta idea.

Aunque nuestro tema principal aquí es el mal natural, no el mal moral, vale la pena señalar que, según Dawkins, los terroristas y los artífices del genocidio en Camboya y Ruanda simplemente estaban viviendo según su programación genética, al igual que Stalin, Hitler y Mao cuando cometieron sus crímenes horribles contra la humanidad. Si te apetece asesinar a niños por diversión, ¿no sería eso simplemente bailar al ritmo de tu ADN (como dijo Dawkins)? Si esto fuera cierto, ninguno de nosotros podría evitar ser malo. Más nos valdría simplemente rendirnos sin quejarnos, y a ellos también. La moralidad carece de sentido.

En mi opinión, sencillamente no es posible vivir con esta perspectiva. El mismo Richard Dawkins es evidencia

de esto. Su argumento niega la realidad del bien y el mal; pero entonces ¿por qué parece ver el ataque terrorista del 11 de septiembre y otras atrocidades como algo malo?¹⁸

Otra cosa que debo señalar es que la indignación justificada contra el mal natural o el mal moral presupone un estándar de “bien” que es objetivamente real e independiente de nosotros, de modo que esperamos que otros estén de acuerdo cuando condenamos ciertas cosas. Estos estándares son “trascendentes”, es decir, existen por encima de las opiniones individuales. Por ejemplo, seguro que todos, sin importar nuestra cosmovisión, estaríamos de acuerdo en que el coronavirus es malo.

Sin embargo, si Dios no existe y, por lo tanto, no hay valores trascendentes, ¿cómo puede existir un estándar objetivo de lo que significa el bien? Si no hay bien ni mal en ningún caso, el concepto de moralidad desaparece y la indignación moral es absurda. El llamado “problema” del mal —moral o natural— se esfuma en la indiferencia despiadada de la materia insensible.

El filósofo Richard Taylor está de acuerdo:

“La edad moderna, a pesar de que básicamente repudia la idea de un legislador divino, ha tratado de conservar

*las ideas del bien y el mal moral, sin darse cuenta de que, al dejar a Dios de lado, también han eliminado las condiciones para que el bien y el mal moral tengan sentido... Sin embargo, a las personas cultas no es necesario decirles que preguntas como estas nunca se han podido responder fuera del contexto de la religión”.*¹⁹

Friedrich Nietzsche, el filósofo del siglo diecinueve, vio más claramente que nadie las consecuencias de abandonar la moralidad bíblica que se encuentra en el centro de la civilización occidental. Predijo que la muerte de Dios llevaría al imperativo darwiniano de expresar la “voluntad de poder”, es decir, que el fuerte debe eliminar y eliminaría al débil. Escribió:

*“La prohibición bíblica ‘no matarás’ es una ingenuidad... La vida no reconoce ninguna solidaridad ni ‘igualdad de derechos’ entre las partes sanas y las partes deterioradas de un organismo: las últimas hay que extirparlas, o se perderá todo”.*²⁰

Nietzsche odiaba la moralidad cristiana, pues la consideraba la mentalidad de los esclavos, y señaló que la

muerte de Dios significaría la muerte de la compasión, la bondad y el perdón:

*“Cuando uno desecha la fe cristiana, se olvida de la moralidad cristiana... La moralidad cristiana es un mandato: su origen es trascendental... solo puede ser verdadera si Dios es verdadero; depende totalmente de la creencia en Dios”.*²¹

En otro libro, Nietzsche hizo la siguiente pregunta: “Si la vida, la naturaleza y la historia son ‘amorales’, ¿por qué pensar en la moralidad?”.²² Esta es la pregunta que todo ateo debe enfrentar.

EL PROBLEMA PARA EL CRISTIANISMO

El hecho es que la moralidad existe. Sabemos, por experiencia, que somos seres morales. J. L. Mackie, un especialista en ética de Oxford, escribió:

“[La ética] constituye un conjunto tan extraño de cualidades y relaciones que es muy poco probable que haya surgido en un curso común de eventos, sin un dios todopoderoso que los creara. Entonces, si realmente existen

dichos valores [intrínsecamente prescriptivos], hacen que la existencia de un dios sea más probable ... Así que, después de todo, tenemos un argumento justificable... basado en la moralidad a favor de la existencia de un dios".²³

Mackie era ateo, y negó la existencia de esos estándares morales absolutos. Pero seguramente todos podemos ver que algunas cosas, como torturar a niños, simplemente están mal, absolutamente mal. Sin embargo, no podemos decirlo si abrazamos el ateísmo y estamos dispuestos a seguir su lógica.

Sacar a Dios de la ecuación no elimina el dolor ni el sufrimiento. Los deja intactos. Pero quitar a Dios sí elimina algo: cualquier tipo de esperanza. Regresaremos a este tema más adelante.

Pero todavía no hemos lidiado con la pregunta que planteó David Hume: ¿es el coronavirus compatible con la existencia de un Dios amoroso?

4. Si existe un Dios amoroso, ¿por qué surgió el coronavirus?

Para abordar esta pregunta (lo que ocupará los siguientes dos capítulos), primero vamos a considerar tres cosas: la naturaleza de los virus en general, la naturaleza de la humanidad y, por último, lo que dice la Biblia sobre por qué las cosas son como son.

LA NATURALEZA DE LOS VIRUS

Para entender mejor el tema de los virus, aquí están algunos fragmentos de un artículo informativo del Foro Económico Mundial escrito por Peter Pollard, un profesor asociado del Australian Rivers Institute de la Griffith University. Pollard dice:

“La palabra ‘virus’ produce terror en el corazón de la mayoría de personas. Evoca imágenes de la gripe, el VIH, la fiebre amarilla o el virus del Ébola. Por supuesto que estos virus nos preocupan: nos traen enfermedad y a veces una muerte terriblemente dolorosa. (...)

Sin embargo, los 21 tipos de virus que causan estragos en el cuerpo humano representan una fracción insignificante de los 100 millones de virus que existen en la tierra. La mayoría de los virus en realidad son vitales para nuestra existencia... (...)

La enorme cantidad de estos virus ‘buenos’ es impresionante. Su concentración en un lago o río productivo suele ser de 100 millones por mililitro: el equivalente a más de cuatro veces la población de Australia ocupando un cuarto de una cucharadita de agua... Los virus no son organismos vivos. Son simplemente fragmentos minúsculos de material genético (ADN o ARN) cubiertos de proteína que se comportan como parásitos. Se adhieren a otra célula (huésped), inyectan su material genético y se reproducen usando las vías metabólicas de las células

huésped... Luego, los nuevos virus se separan de la célula: la célula explota (lisis), liberando cientos de virus... (...)

La combinación de un alto crecimiento bacteriano junto con la infección viral es lo que mantiene funcionando a los ecosistemas ... Por lo tanto, los virus son una parte crucial del reciclaje de nutrientes inorgánicos. Aunque son diminutos y parecen insignificantes, los virus realmente tienen un papel global fundamental en el reciclaje de los nutrientes a través de las cadenas alimenticias. Apenas estamos comenzando a apreciar el alcance de su impacto positivo para nuestra supervivencia. (...)

Hay algo que es muy cierto: los virus son los más pequeños entre nuestros héroes no reconocidos”.²⁴

De igual forma, en un artículo titulado “Los virus merecen una mejor reputación”, la ecologista vírica de Pennsylvania State University, Marilyn Roossinck, dice que los virus son esenciales para la vida, y que, como mucho, solo el 1 por ciento (una estimación elevada) son patógenos (es decir, dañinos para sus huéspedes).

Así que los virus son principalmente beneficiosos, y tan solo una pequeña proporción de ellos es dañina para los seres humanos, como es el caso del Covid-19. El Covid-19 forma parte de una gran familia de coronavirus que son responsables del resfriado común, la gripe, la neumonía y otras enfermedades respiratorias.

Esta situación resulta ser muy similar a la de los terremotos. El libro *Rare Earth* [*Tierra rara*], escrito por el geólogo Peter Ward y el astrónomo Donald Brownlee (ambos de la University of Washington), tiene un capítulo titulado “La sorprendente importancia de la tectónica de placas”.²⁵ Su argumento es que si las placas tectónicas de la tierra dejaran de moverse, el resultado sería la extinción masiva de la vida en la tierra. Esto se daría por varias razones. La tectónica de placas es esencial para la formación de los continentes y el mantenimiento del equilibrio entre la tierra (las montañas) y el mar. También actúa como un termostato global al reciclar los químicos esenciales para mantener un nivel uniformemente equilibrado de dióxido de carbono.

Además, Ward y Brownlee argumentan que la tectónica de placas mantiene el campo magnético de la tierra, el cual la protege de los rayos cósmicos que serían fatales para la

vida. Su conclusión es esta: “La tectónica de placas podría ser el requisito principal para que haya vida en un planeta, y podría ser necesaria para mantener el suministro de agua”.

De modo que parece que tanto los virus como los terremotos son esenciales para la vida. Si hay un Dios creador, entonces Él mismo creó estas cosas.

Pero ¿por qué tienen que existir? ¿Basta con decir — como lo harían algunos— que la pandemia del coronavirus se trata simplemente de la biología haciendo lo que tiene que hacer? ¿No hay una explicación más satisfactoria?

La ciencia nos muestra que la mayoría de los virus son beneficiosos y que algunos son esenciales para la vida, pero ¿por qué tienen que haber agentes patógenos que causen estragos? La pregunta clave para los teístas es esta: ¿No podría Dios haber creado un mundo libre de patógenos virales?

Esto nos conduce a un sinnúmero de preguntas similares. ¿No podría haber creado una electricidad que no fuera peligrosa o un fuego que no quemara? ¿No podría haber creado un mundo orgánico sin depredación? ¿No podría haber creado una vida en la que nunca sucediera nada malo y los virus siempre fueran beneficiosos? ¿No podría haber creado seres que nunca hicieran lo malo? (Después

de todo, aunque el coronavirus es grave, no habrá más muertes por coronavirus que por asesinatos.)

LA NATURALEZA DE LA HUMANIDAD

La última de esas preguntas posiblemente sea la más fácil de responder. La respuesta clara es: Sí. De hecho, Dios ha creado seres que no hacen daño moral. Los animales, por ejemplo, no son seres morales. Si un león ataca a un cuidador del zoológico, al león no se le acusa de asesinato. Es una criatura amoral.

Dios podría haber creado un mundo de robots que simplemente actuaran de forma automática y programada, pero ese mundo no habría incluido a los seres humanos. De hecho, las personas que quieren habitar en un mundo donde no exista la posibilidad del mal, en realidad están pidiendo no existir. La razón es que uno de los más grandes regalos que Dios nos ha dado es el de la capacidad de tomar decisiones. Podemos decir “sí” o “no”, y esa capacidad nos permite experimentar cosas maravillosas como el amor, la confianza y relaciones genuinas con Dios y con otros. Aun así, esa misma capacidad buena y maravillosa nos da la posibilidad de hacer el mal, aunque no nos da permiso para hacer lo malo.

Este punto es muy importante. Los teólogos lo han abordado distinguiendo entre la voluntad permisiva de Dios (el hecho de que Dios creó un universo en donde el mal es posible) y Su voluntad decretiva o directiva (las cosas que Dios hace activamente). El Nuevo Testamento establece claramente que Dios nunca es autor del mal; en otras palabras, el mal es posible en el mundo que Él creó, pero no es Su plan para el mundo que Él creó.²⁶

Es decir, los seres humanos tienen cierto grado de independencia que abre la posibilidad a que las cosas salgan mal. Así como lo creía el científico Stephen Hawking, Richard Dawkins cree que vivimos en un universo determinista. Esto no es así.²⁷ Dios permite que los seres humanos escojan, y Él sigue siendo soberano; la Biblia afirma claramente estas dos realidades. Entre cristianos, diferimos en cuanto a la forma exacta en que esto “funciona”, pero este no es el lugar para profundizar en ello. Nuestro propósito aquí es simplemente señalar que a Dios no lo toma por sorpresa el coronavirus; Dios puede obrar para bien incluso en medio del mal de este virus, y Sus planes no serán frustrados, aunque puede que sea muy difícil para nosotros aceptar esto en una situación como la crisis actual. Al mismo tiempo, somos responsables de nuestras

propias respuestas ante la crisis y ante los demás, precisamente porque Dios nos ha dado esa libertad.

Vivimos en un mundo donde las cosas salen mal y donde los seres humanos podemos escoger hacer el mal (o el bien). ¿Por qué el mundo es así? A continuación veremos la respuesta de la Biblia.

POR QUÉ LAS COSAS SON COMO SON

Piénsalo de esta manera. Cuando Dios creó a los seres humanos para que vivieran en Su creación (que Él declaró como “muy buena”), los dotó con la maravillosa capacidad de tomar decisiones, la cual los convirtió en seres morales. Debido a esto, existía la posibilidad de que hubiera un fracaso moral si usaban mal dicha libertad. Y eso fue lo que sucedió, como vemos en el tercer capítulo de Génesis, el primer libro de la Biblia.

Génesis 3 nos dice que la desobediencia humana surgió de un desacuerdo fundamental con Dios en cuanto a la naturaleza de la vida y la seria posibilidad de la muerte. Dios había advertido explícitamente a los primeros seres humanos, Adán y Eva, que si comían el fruto del árbol del conocimiento del bien y del mal, el cual les había dicho que estaba prohibido (en otras palabras, si actuaban en

desobediencia absoluta e independencia de Él) , ciertamente morirían (Génesis 2:17).

No hace falta discutir qué fruto fue ni especular sobre qué calidad debía tener para que al comerlo trajera el conocimiento del bien y del mal. Si lo interpretamos de esa manera, no hemos entendido nada. Comer de cualquier árbol —de hecho, hacer cualquier cosa, sea cual sea el motivo— que vaya en contra de la voluntad y de la palabra de nuestro Creador y del Legislador de este mundo es, en sí mismo, rebeldía. Es un estado mental que pone la voluntad de la criatura contra la del Creador —que deja al Creador de lado y pone a la criatura en el centro, con la búsqueda de sus propios intereses egoístas y su interpretación propia de la vida. Esta es, en principio, la definición de “pecado”.

Y el pecado, tal como Dios les advirtió a aquellos seres humanos, conduce automáticamente a la muerte. No hay nada de malo en el disfrute físico o el placer estético en sí mismos, ni en la adquisición de sabiduría moral y de conocimiento . Pero suponer que estas cosas lo son todo —suponer que al disfrutar de ellas ya estás viviendo una vida plena, alejado de Dios e ignorando o desafiando Su palabra— es básicamente un engaño fatal. Dios no solo es la

fuentes de todas las cosas buenas que disfrutamos; Él es el bien supremo que le da significado a todas esas cosas buenas que provee, que aunque son buenas, no lo superan a Él.

Lo que sucedió en Génesis 3 fue que los seres humanos rechazaron a Dios, y el pecado entró en el mundo. Las consecuencias fueron devastadoras. Hubo muerte espiritual (se rompió la relación entre los seres humanos y Dios) y, después, muerte física.

Además, la misma naturaleza quedó dañada por ese evento, lo cual nos trae de regreso a nuestro tema principal. Génesis dice que, aunque los seres humanos tuvieron que salir de la presencia de Dios después de su rebelión, no se les quitó inmediatamente su rol de administrar la tierra conforme a la voluntad del Señor. Se les permitió conservar su trabajo de desarrollar el potencial de la tierra. Sin embargo, al mismo tiempo, “[la creación] fue sometida [por Dios] a la frustración. Esto no sucedió por Su propia voluntad, sino por la del que así lo dispuso” (Romanos 8:20).²⁸

En el griego original, la palabra para “frustración” (*mataiotēs*) expresa el sentido de que algo es “en vano”; es decir, que no ha alcanzado la meta para la que fue diseñado. Cuando este pasaje dice que la creación fue

sometida a la frustración “no... por Su propia voluntad”, se refiere a la maldición que Dios declaró sobre la tierra debido al pecado de Adán:

“¡Maldita será la tierra por tu culpa [Adán]! Con penosos trabajos comerás de ella todos los días de tu vida. La tierra te producirá cardos y espinas...” (Génesis 3:17-18).

Esto quiere decir que la ruptura de la relación entre la humanidad y su Creador tuvo consecuencias que se extendieron más allá de los seres humanos. El remero de un barco que se niega a remar de forma correcta no solo se perjudicará a sí mismo, sino también a los demás navegantes, e incluso podría dañar el barco. De forma similar, cuando los seres humanos rechazaron la identidad y el propósito que se les había asignado —seres creados por Dios para conocer a Dios y disfrutar de la creación bajo las leyes de su Hacedor—, eso hizo que todo lo que Dios creó como “muy bueno” se quebrara y se volviera defectuoso.

Por supuesto, no hay duda de que con el paso del tiempo se ha avanzado de forma impresionante en el desarrollo de la tierra y sus recursos. Sin embargo, el éxito nunca ha sido completo: por ejemplo, piensa en

las muchas civilizaciones que siglos atrás fueron prósperas, pero decayeron con el tiempo. Una y otra vez, la naturaleza ha perjudicado e impedido el progreso del ser humano con cardos y espinas, trabajos agotadores, pestes, enfermedades, epidemias, sequías, hambrunas, terremotos, volcanes, etc., acompañados, tristemente, de las fuerzas destructoras desatadas por el egoísmo, la codicia y la corrupción moral.

LA LÍNEA QUE DIVIDE EL BIEN DEL MAL

Ninguno de nosotros puede analizar con honestidad el problema del mal y el dolor del mundo como si fuéramos meros espectadores de un fenómeno que no nos compete.

El autor ruso Alexander Solzhenitsyn, un superviviente de los *gulags* de Stalin, escribió:

“¡Si todo fuera tan simple! ¡Si tan solo hubiera personas malas en algún lugar cometiendo obras malvadas con malas intenciones, y solo fuera necesario separarlas del resto de nosotros y destruirlas! Sin embargo, la línea que divide el bien del mal atraviesa el corazón de todos los seres humanos. Y ¿quién está dispuesto a destruir un pedazo de su propio corazón? En el transcurso de la vida,

*esta línea sigue cambiando de lugar en cada corazón; a veces se va hacia un lado por causa de un mal exuberante, y a veces se mueve y deja suficiente espacio para que florezca el bien. El mismo ser humano es, en diferentes etapas, bajo diferentes circunstancias, un ser humano totalmente diferente... Pero su nombre no cambia, y a ese nombre le atribuimos todo: lo bueno y lo malo”.*²⁹

Solzhenitsyn estaba dispuesto a decir abiertamente lo que todos sabemos de forma intuitiva: así como hay bien y mal en la creación y en la humanidad en general, también hay bien y mal en cada uno de nosotros. Nosotros también somos parte del problema.

Sorprendentemente, el filósofo ateo John Gray respalda esta idea:

“La necesidad básica es cambiar la perspectiva predominante en cuanto a los seres humanos, la cual los ve como criaturas inherentemente buenas que han sufrido inmerecidamente una historia de opresión y violencia. Aquí llegamos al meollo del realismo y a la parte más conflictiva para quienes se adhieren a la opinión predominante: la afirmación de que los seres humanos nacen con defectos. (...)

*Casi todos los pensadores premodernos dieron por sentado que la naturaleza humana es inalterable y defectuosa, y de esta manera y de algunas otras, estuvieron cerca de la verdad. Ninguna teoría política puede ser creíble si asume que los impulsos humanos son, por naturaleza, benignos, pacíficos o razonables”.*³⁰

Aquí tenemos a un ateo que en esencia apoya la enseñanza de Génesis sobre los efectos de la rebelión de los seres humanos contra Dios, es decir, sobre la realidad del pecado en el mundo.³¹

Cuando entendemos el hecho de que somos defectuosos, podemos formular el problema del mal moral de una manera más realista: “Yo pienso y hago el mal. Entonces, si Dios existe, ¿por qué me tolera?”

UNA PREGUNTA DIFERENTE

Es evidente que hay defectos profundos tanto en la naturaleza humana como en la naturaleza física. El mundo está lleno de comportamientos humanos violentos e inmorales, y también de terremotos, tsunamis, cánceres y pandemias como el coronavirus.

Ahora bien, podríamos mantener un debate interminable sobre lo que un Dios bueno, amoroso y todopoderoso debería, podría o pudo haber hecho. Sin embargo, la experiencia nos muestra que ninguno de nosotros ha quedado satisfecho con el resultado de ese debate.

Esto se debe a que, digamos lo que digamos, estamos donde estamos y el mundo es así. Todos tenemos que enfrentarnos a la imagen mixta que nos presentan las catedrales en ruinas: toda la belleza de una flor que se abre al sol, y toda la crudeza de un coronavirus que destruye el sistema respiratorio del ser humano.

Como matemático, estoy acostumbrado a que, cuando hemos intentado responder una pregunta sin tener éxito, a veces por muchos años, comenzamos a pensar que lo mejor sería considerar una pregunta diferente.

Y sí hay otra pregunta que podríamos hacer. Si aceptamos —como debemos— que estamos en un universo que nos muestra una imagen tanto de belleza biológica como de patógenos mortales, ¿hay alguna evidencia de que existe un Dios a quien podemos confiarle las implicaciones de nuestra realidad y de nuestra vida?

5. Evidencia de amor

Si vamos a confiar en Dios, necesitamos evidencias convincentes de la bondad de Su carácter. Por eso, ahora quiero pedirte que escuches el fundamento de la enseñanza cristiana —ya sea que conozcas esta enseñanza o que sea nueva para ti— y que trates de entenderlo antes de concluir que la fe en Dios es incompatible con la existencia del coronavirus o de cualquier pandemia, enfermedad o ruptura del mundo natural.

El cristianismo afirma que el hombre llamado Jesucristo es Dios encarnado; en otras palabras, el Creador se convirtió en un ser humano. En el centro del mensaje cristiano está la muerte de Jesucristo en una cruz a las afueras de Jerusalén. Inmediatamente, surge esta pregunta: Si Él es Dios encarnado, ¿qué estaba haciendo en una cruz? Bueno, entre muchas otras cosas, significa que Dios no se ha mantenido alejado del dolor y el sufrimiento humano, sino que Él mismo lo experimentó.

Por lo tanto, un cristiano no es alguien que ha resuelto el problema del dolor, el sufrimiento y el coronavirus, sino una persona que ha decidido amar y confiar en un Dios que también ha sufrido.

Sin embargo, esa es solo la mitad de la historia. Si la muerte en la cruz hubiera sido lo último que Jesús hizo, nunca habríamos escuchado de Él. Pero ese no fue el final. El mensaje que causó alboroto en Jerusalén en esa primera pascua —el mensaje que cautivó al mundo del siglo primero— fue que Jesús había vencido la muerte: que había resucitado y que sería el Juez supremo de la humanidad.

Esto tiene una importancia que va más allá de lo que imaginamos. Aborda una dificultad fundamental de la cosmovisión atea: el problema de la justicia final. Como todos sabemos, millones de personas a lo largo de la historia han sufrido injusticias dolorosas y, después de una vida de miseria, han muerto sin ningún resarcimiento. Y no cabe duda de que lo mismo les habrá pasado a algunas de las víctimas del coronavirus.

Esas personas no obtuvieron justicia en esta vida. Ya que la muerte es el fin, según el ateísmo, no hay otra vida en la que se pueda hacer justicia. Si no hay un Juez final, no puede haber justicia final.

Sin embargo, la resurrección declara que la justicia no es una ilusión y que nuestro deseo de justicia no es en vano. Algún día, los abusadores, los terroristas y las personas malvadas de este mundo comparecerán ante la justicia. Cuando he intentado explicar esta idea a personas ateas, suelen decir que lo que se debe hacer es trabajar por la justicia en este mundo. Por supuesto, estoy de acuerdo; trabajar por la justicia es un deber cristiano. Pero también les señalo que eso no resuelve el problema de la justicia final. El ateísmo, por definición, no ofrece ninguna. El ateísmo es una afrenta a nuestro sentido moral.

Por el contrario, la Biblia dice que la justicia final es muy real. Dios es la autoridad detrás de la ley moral, y Él será su Vindicador. En consecuencia, habrá un juicio final en el que se juzgará de forma perfecta toda la injusticia que se haya cometido desde el principio del mundo hasta su final. La justicia no es una farsa.

Cuando Pablo, el apóstol cristiano, expuso sus ideas a los filósofos en el Areópago en Atenas, les dijo que Jesús se había levantado de entre los muertos y había sido designado como el Juez del mundo: un hecho que garantiza que habrá una respuesta final para las preguntas humanas más profundas.³²

Los seres humanos tenemos una tendencia a anhelar que se haga justicia, pero también tenemos una tendencia a reaccionar negativamente al mensaje de la justicia final, ya que plantea el tema de nuestra propia posición ante Dios. “Yo no podría creer en un Dios como ese”, dicen algunos, ¡incluso mientras protestan por el mal moral y acusan a Dios por no intervenir! Este es el problema con nuestra respuesta natural al juicio futuro de Dios: aceptamos que Dios intervenga siempre y cuando lo haga en la vida de otros pero no en la nuestra.

El hecho es que tendemos a ver el mal en los demás pero no en nosotros mismos. Así que, cuando pensamos en lo que Dios debería hacer, la mayoría sostenemos que Él debería deshacerse de las personas que son “muy malas”, pero nunca de nosotros. Después de todo, no somos tan malos como ellos.

Sin embargo, la Biblia enseña que “todos han pecado y no alcanzan la gloria de Dios”.³³ Ninguno de nosotros ha cumplido totalmente con sus propios estándares morales, y mucho menos con los de Dios (los Diez Mandamientos nos lo muestran muy claramente).³⁴ Por lo tanto, todos necesitamos una solución al problema del pecado y

la culpa que —seamos conscientes o no— se interponen entre Dios y nosotros.

Según el cristianismo, la solución se encuentra una vez más en la cruz y la resurrección de Jesús. Estos eventos no solo nos permiten ver el problema del mal y el dolor y la resolución del problema de la justicia, sino que también nos muestran lo que significa el nombre “Jesús”: “Él salvará a Su pueblo de sus pecados” (Mateo 1:21). Gracias a la muerte y la resurrección de Jesús, los que se arrepienten (que significa “alejarse”) de su propio mal y de su propia contribución al dolor y el sufrimiento humano, los que confían en Jesús como su Señor, reciben perdón; reciben paz con el Dios personal que creó y sostiene el universo; reciben una nueva vida con un nuevo poder; y reciben la promesa de un mundo en el que ya no habrá más sufrimiento. El cristianismo no compite con ninguna otra filosofía ni religión por la simple razón de que nadie más nos ofrece un perdón y una paz con Dios que se pueden experimentar en esta vida y que perduran eternamente.

De modo que un cristiano no es una persona que ha resuelto el problema del sufrimiento, sino alguien que ha llegado a amar y confiar en el Dios que ha sufrido por él.

DOS CORONAS

Así que ¿cómo puede esto ayudarnos a enfrentar los desastres y las pandemias?

El coronavirus se llama así porque tiene la forma de una corona. Una corona es un símbolo de poder y autoridad y, ciertamente, este virus tiene un poder colosal sobre nosotros los seres humanos. No se puede ver a simple vista y, aun así, fíjate en todo lo que ha obligado a hacer (y a no hacer) a miles de millones de personas.

Este virus también nos recuerda a la fuerza nuestra vulnerabilidad. Es fácil olvidar que los seres humanos somos mortales. El coronavirus es evidencia de que tanto nuestra relación con la creación como la relación de la creación con nosotros están desordenadas; y que eso no es un accidente.

Pero la esperanza se encuentra en otra corona: la corona de espinas que le pusieron a Jesús en la cabeza antes de Su ejecución.

Esa corona nos muestra lo profunda que es la separación entre la criatura y el Creador. La tierra es creación de Dios, no la creamos nosotros. Aunque queremos ser sus dueños, no lo somos; solo somos inquilinos y mayordomos imperfectos. Muchos de nosotros hemos complicado

nuestra propia vida e incluso la de los demás, y eso sin hablar de lo que le hemos hecho al planeta. No puede haber dos paraísos para los seres humanos: uno en comunión con Dios y otro sin Él. El coronavirus está destruyendo muy rápidamente la ilusión de que podemos lograr la perfección en la tierra, y está convirtiendo nuestra indiferencia inicial en miedo, frustración e ira.

En un mundo roto, dañado por las consecuencias del pecado, el dolor y el sufrimiento son inevitables. Tal vez habíamos huido de esta realidad hasta que llegó el coronavirus para arrasar el mundo entero. Ya no podemos ignorarla, ni tampoco ignorar las grandes preguntas que plantea sobre la vida y la muerte. Las siguientes son palabras de C. S. Lewis:

“Podemos ignorar incluso el placer. Pero el dolor insiste en que le prestemos atención. Dios nos susurra en nuestros placeres, habla a nuestra conciencia, pero nos grita en nuestro dolor: este es Su megáfono para despertar a un mundo sordo”.³⁵

Quizás el coronavirus sirva como un gran altavoz que nos recuerde la estadística definitiva: que diez de cada

diez personas morirán . Si esto nos lleva a mirar al Dios que quizá hemos ignorado durante años —quien llevó una corona de espinas para que pudiéramos reconciliarnos con Él y para darnos entrada a un mundo nuevo y restaurado más allá de la muerte—, el coronavirus, a pesar del caos que ha desatado, habrá cumplido un propósito muy saludable.

6. Dios lo cambia todo

¿Cómo debemos responder los cristianos ante la pandemia? Hay varias respuestas a esta pregunta.

PRESTANDO ATENCIÓN AL CONSEJO

En primer lugar, a nivel práctico, lo sabio es escuchar los consejos que van dando los médicos. El problema que surge aquí es que algunas veces el consejo no es coherente o es confuso, como se ha visto en algunos noticieros.

Con el fin de reducir la propagación del virus, se ha efectuado la cuarentena para las personas que tienen más riesgo, especialmente los ancianos y los que tienen problemas cardíacos y respiratorios. Curiosamente, en tiempos bíblicos, los israelitas también aprendieron sobre la necesidad de hacer cuarentena para prevenir la expansión de enfermedades infecciosas. El libro de Levítico en el Antiguo Testamento incluso ordenaba siete días

de aislamiento para algunas enfermedades y un período indefinido para otras.³⁶

Seguir las recomendaciones de los médicos no demuestra incredulidad. Dios puede protegernos y sanarnos, pero espera que seamos sabios y que usemos todos los recursos que nos ha dado, incluyendo la medicina. El distanciamiento social no es una expresión de egoísmo, sino de un amor al prójimo que busca proteger a los demás.

Amar al prójimo también significa que las personas de bajo riesgo tendrán el importante papel de visitar a los vulnerables (hasta donde lo permitan las circunstancias y regulaciones), ayudándolos con las compras y haciéndoles compañía, aunque el tiempo que puedan dar sea limitado.

MANTENIENDO UNA PERSPECTIVA BÍBLICA

C. S. Lewis escribió un artículo fascinante sobre la forma en que debían responder los cristianos ante la existencia de las armas atómicas. Puedes leerlo a continuación; pero, para ayudarnos a aplicarlo a nuestra situación, he añadido las palabras “coronavirus”, “virus” o “pandémica” entre corchetes en los lugares relevantes para transmitir la idea (de forma un poco imperfecta, lo admito, y me disculpo por eso):

“De cierta forma, estamos pensando demasiado en la bomba atómica [coronavirus]. ‘¿Cómo deberíamos vivir en una era atómica [pandémica]?’ Estoy tentado a responder: ‘Pues, como hubiéramos vivido en el siglo dieciséis cuando la plaga llegaba a Londres casi todos los años, o como hubiéramos vivido en una era vikinga en la que podían llegar invasores escandinavos durante la noche a degollar a la gente; o, de hecho, como vivimos ahora, en una era de cáncer, de sífilis, de parálisis, de ataques aéreos, de accidentes de trenes, de accidentes automovilísticos’.

En otras palabras, no exageremos en cuanto a la novedad de nuestra situación. Créeme, querido hombre o mujer, tú y todos los que amas ya fueron sentenciados a muerte antes de que existiera la bomba atómica [coronavirus]; y muchos de nosotros moriremos de formas bien desagradables. Tenemos una gran ventaja que no tuvieron nuestros ancestros: la anestesia. Es totalmente ridículo andar por ahí lloriqueando y haciendo mala cara porque los científicos [coronavirus] añadieron otra forma más de morir dolorosa y prematuramente en un mundo donde ya hay miles de estas muertes , y donde la muerte misma... [es] algo seguro . (...)

Esto es lo primero que se debe decir y la primera acción que se debe tomar: recobremos la compostura. Si todos vamos a ser destruidos por una bomba atómica [coronavirus], hagamos que cuando llegue esa bomba [virus] nos encuentre realizando actos racionales y humanos: orando, trabajando, enseñando, leyendo, escuchando música, bañando a los niños, jugando al tenis, hablando con nuestros amigos mientras disfrutamos de unas bebidas y de un juego de dardos. Que no nos encuentre apiñados como ovejas asustadas, pensando en bombas [virus] que ciertamente pueden destruir nuestro cuerpo (un microbio puede hacerlo), pero no deben dominar nuestra mente”.³⁷

Esto no es fácil de leer, pero nos recuerda que en la fe cristiana tenemos una perspectiva diferente.

AMANDO A NUESTRO PRÓJIMO

En tercer lugar, somos llamados a amar. Al comienzo presenté una lista de algunas de las primeras pandemias que se han registrado en la historia. Lo que no dije es que también sabemos cómo respondió la comunidad cristiana ante ellas. En un artículo reciente titulado “El

cristianismo lleva 2000 años lidiando con epidemias”, Lyman Stone, un investigador del Institute for Family Studies y asesor en la firma consultora Demographic Intelligence, escribió:

“Los historiadores han sugerido que la terrible peste antonina del siglo dos, la cual podría haberle quitado la vida a un cuarto del imperio romano, hizo que el cristianismo se propagara, ya que los cristianos cuidaron a los enfermos y ofrecieron un modelo espiritual en el que las pestes no eran causadas por deidades airadas y caprichosas, sino que eran el producto de una creación rota que se había rebelado contra un Dios amoroso. (...)

Pero la epidemia más famosa es la peste cipriana, que recibió su nombre gracias a un obispo que describió esta enfermedad vívidamente en sus sermones. La peste cipriana, una enfermedad que probablemente esté relacionada con el virus del Ébola, ayudó a disparar la crisis del siglo tres en el mundo romano. Pero también hizo algo más: desencadenó un crecimiento explosivo del cristianismo... En sus sermones, Cipriano les decía a los cristianos que no se lamentaran por las víctimas de la plaga,

*sino que redoblaran sus esfuerzos por cuidar de los vivos. Otro obispo, Dionisio, describió cómo los cristianos, ‘ignorando el peligro... se encargaron de los enfermos, atendiendo todas sus necesidades’.*³⁸

Y no fueron solo los creyentes quienes notaron esta reacción de los cristianos ante la peste. Un siglo después, el emperador pagano Juliano se quejó amargamente de cómo “los galileos” cuidaban incluso de los enfermos que no eran cristianos. Por su parte, Ponciano, un historiador de la iglesia, relata que los cristianos aseguraban de hacer “el bien a todos los hombres, no solamente a los hermanos en la fe”.³⁹ El sociólogo y demógrafo religioso Rodney Stark afirma que la tasa de mortalidad en las ciudades donde había comunidades cristianas pudo haber sido la mitad en comparación con las otras ciudades.⁴⁰

Este hábito de cuidado sacrificial ha vuelto a repetirse a lo largo de la historia. En 1527, cuando la peste bubónica golpeó la ciudad alemana de Wittenberg, Martín Lutero (el fundador de la Reforma protestante) decidió ignorar el llamado a huir y protegerse a sí mismo. Esto le costó la vida a su hija Elizabeth; pero también resultó en un panfleto llamado “¿Deben los cristianos huir de la

peste?”, en el que Lutero habla con claridad sobre la respuesta cristiana ante la epidemia:

“Morimos en nuestros puestos. Los médicos cristianos no pueden abandonar sus hospitales, los gobernadores cristianos no pueden huir de sus distritos, los pastores cristianos no pueden abandonar a sus congregaciones. La peste no anula nuestros deberes: los convierte en cruces, en las que debemos estar dispuestos a morir”.

El artículo de Stone concluye con la siguiente declaración:

“La motivación cristiana para buscar la higiene y la salud no surge de un deseo de autopreservación, sino de una ética de servicio a nuestro prójimo. Deseamos cuidar a los afligidos, lo que ante todo significa no infectar a los que están sanos. Los primeros cristianos crearon los primeros hospitales en Europa como lugares higiénicos para proveer cuidados en los tiempos de la peste, entendiendo que la negligencia que aumentaba la propagación de las enfermedades era, de hecho, asesinato”.

Nada de esto quiere decir que debemos ignorar las reglas que buscan disminuir contagios y ponernos así en riesgo a nosotros mismos y a otros, en especial en situaciones en las que tenemos que autoaislarnos o cuando estamos en un área que está en cuarentena. Sí quiere decir que debemos buscar maneras de amar a otros de forma sacrificial, porque así es como Dios ha amado a todos los cristianos en la persona de Su Hijo, al morir por ellos en la cruz. Amar a nuestro prójimo también significa evitar esa actitud egoísta e histérica frente a la comida y las necesidades básicas, que hace que las tiendas queden vacías y que nuestro prójimo no pueda conseguir lo que necesita.

RECORDANDO LA ETERNIDAD

Aquí quiero destacar un aspecto del legado cristiano que suele dejarse de lado. En cuarto lugar, los cristianos necesitamos recordar la eternidad. Los primeros cristianos, viviendo como vivían en un mundo peligroso donde estaban rodeados de toda clase de amenazas y donde la esperanza de vida era relativamente baja, se fortalecieron para vivir sacrificialmente, contribuyendo en gran manera al bienestar de otros, porque tenían una esperanza viva y real que iba más allá de la muerte.

C. S. Lewis escribió sobre este tema con palabras que son tan pertinentes hoy como lo fueron cuando las escribió:

“Un libro sobre el sufrimiento que no habla del cielo está omitiendo casi por completo una parte de la historia. (...)

*Habitualmente, las Escrituras y la tradición ponen en una balanza las alegrías del cielo y el sufrimiento de la tierra, y ninguna solución al problema del dolor que no lo haga puede llamarse cristiana. Hoy en día ni nos atrevemos a mencionar el cielo. Nos da miedo que se burlen de nosotros y digan que construimos ‘castillos en el aire’... pero, o hay un ‘castillo en el aire’ o no lo hay. Si no existe, entonces el cristianismo es falso, porque esta doctrina es una parte esencial del mismo. Y si existe, entonces debemos enfrentarnos a esta verdad, así como a cualquier otra...”*⁴¹

Pablo, el apóstol cristiano, no se avergonzaba de hablar de su convicción y confianza en cuanto al futuro:

“De hecho, considero que en nada se comparan los sufrimientos actuales con la gloria que habrá de revelarse en

nosotros... Pues estoy convencido de que ni la muerte ni la vida, ni los ángeles ni los demonios, ni lo presente ni lo por venir, ni los poderes, ni lo alto ni lo profundo, ni cosa alguna en toda la creación podrá apartarnos del amor que Dios nos ha manifestado en Cristo Jesús nuestro Señor” (Romanos 8:18, 38-39).

Estas no son palabras de un filósofo sin experiencia que estaba sentado y tranquilo en su estudio; son las palabras de un hombre que había visto y experimentado las condiciones más duras y hostiles. Sufrió injustamente palizas y encarcelamientos, en ocasiones lo dejaron moribundo y experimentó muchas privaciones y dificultades a lo largo de su vida.

A veces, así como Pablo, trato de imaginar cómo es ese glorioso reino celestial. Aquí, la pregunta que surge dentro de mí es: si el velo que ahora separa el mundo visible del invisible se rompiera por un momento y pudiéramos ver el estado actual de los que han muerto —las multitudes de cristianos inocentes que sufrieron atrocidades causadas por gobiernos inmorales, jefes militares o capos de la droga, o que fueron víctimas inocentes de desastres naturales y pandemias— ¿será que, a la luz de todo lo que

sabemos de Cristo, desaparecerían instantáneamente todas nuestras preocupaciones en cuanto a cómo Dios está manejando la situación? No hemos llegado a ese otro mundo, pero tenemos un mensaje sobre él y que proviene de él; un mensaje que este mundo ansioso e infectado por el virus necesita escuchar desesperadamente.

ESCALANDO LA MONTAÑA

Pero ¿quién soy yo para escribir sobre estas cosas? Tristemente, sé que algunos, tal vez muchos, de los que leerán estas páginas habrán perdido a un ser querido recientemente. Quizás pienses: “¿Qué sabe él de todo esto?”. Lo único que puedo decir es que hay personas que saben mucho más que yo sobre el dolor y el sufrimiento real, y que por eso pueden entender mejor tu pérdida y asegurarte que puede haber esperanza a pesar de todo. Quiero terminar citando un libro extraordinario llamado *I Choose Everything* [*Lo elijo todo*], en el que Jozanne Moss (en Sudáfrica) y Michael Wenham (en el Reino Unido) describen su camino a través del sufrimiento. Ambos sufren una enfermedad terminal (la enfermedad de la motoneurona), y solo se conocen por correo electrónico.

Jozanne compara esa travesía con el ascenso a una montaña. Con honestidad y valentía, escribe sobre la forma en que Dios la ha sostenido:⁴²

*“He estado escalando mi montaña durante casi quince años. La mayor parte de ese tiempo la he pasado en el campamento base al pie de la montaña, donde sabía que Dios me estaba preparando. Tenía miedo de escalar y pensaba que mi meta era el campamento base. No pensé que podía llegar a la cima, pero Dios me mostró a través de mi enfermedad que no se trataba de mí o de lo que yo pudiera hacer. Siempre se trató de Él. ‘Es Él [Dios] quien me arma de valor y endereza mi camino; da a mis pies la ligereza del venado, y me mantiene firme en las alturas’. (...)”*⁴³

Finalmente salí del campamento base y comencé a escalar. Dios decidió que mi montaña fuera el Everest. Definitivamente no ha sido fácil, y mis pies han resbalado frecuentemente. Muchas veces me he sentido agotada, y algunas veces pensé que ya no podía avanzar más. Ciertas partes de este ascenso son muy empinadas y están mucho más allá de lo que pudiera alcanzar por mí misma, pero Él sigue mostrándome Su poder y fortaleza

*y, cuando estoy cansada, Él está allí. '... pero los que confían en el Señor renovarán sus fuerzas; volarán como las águilas: correrán y no se fatigarán, caminarán y no se cansarán'. (...)*⁴⁴

Sé que mi ascenso terminará pronto. Creo que estoy cerca de la cima de mi montaña. Cuanto más uno escala, cuanto más cerca está uno de la cima, más difícil se hace respirar. El nivel de oxígeno disminuye cuando se incrementa la altitud, lo que hace que los escaladores sufran del mal de altura. (Según el Internet, los síntomas del mal de altura leve y moderado consisten generalmente en dolor de cabeza, falta de aire, dificultad para dormir, pérdida del apetito, náuseas y aceleración del pulso'.) A medida que los músculos del cuerpo se debilitan por la progresión de la enfermedad de la motoneurona, también se vuelven más débiles los músculos necesarios para respirar. Siento que me falta el aire, tengo dolores de cabeza regularmente, me cuesta dormir y mi pulso se acelera con frecuencia. Pero eso no me preocupa, porque sé que estoy cerca de la cima de mi montaña. Ahora el ascenso se está complicando, pero debo perseverar. La recompensa que me espera cuando llegue a la cima sobrepasa por mucho

cualquier sacrificio que pueda hacer. ¡Pregúntale a cualquier escalador!

Así que, aquí estoy, mirando hacia arriba. El final está a la vista y mi corazón se acelera de entusiasmo. Anhele el día en que podré decir: ‘He peleado la buena batalla, he terminado la carrera, me he mantenido en la fe’.”⁴⁵

Estas últimas palabras son las palabras del apóstol Pablo, que agregó:

“Por lo demás me espera la corona de justicia que el Señor, el juez justo, me otorgará en aquel día; y no solo a mí, sino también a todos los que con amor hayan esperado Su venida” (2 Timoteo 4:8).

Un día, Jesús vendrá. Será el día que le prometió a Sus discípulos hace mucho tiempo, cuando les dijo:

“La paz les dejo; Mi paz les doy. Yo no se la doy a ustedes como la da el mundo. No se angustien ni se acobarden. Ya me han oído decirles: ‘Me voy, pero vuelvo a ustedes’. Si

me amaran, se alegrarían de que voy al Padre, porque el Padre es más grande que Yo” (Juan 14:27-28).

Él dijo: “...vuelvo a ustedes”. Y Juan, el que registró estas palabras, nos habla más adelante de lo que Jesús traerá ese día: nada menos que una nueva creación.

“Después vi un cielo nuevo y una tierra nueva, porque el primer cielo y la primera tierra habían dejado de existir, lo mismo que el mar... Dios mismo estará con ellos [con Su pueblo] y será su Dios. Él les enjugará toda lágrima de los ojos. Ya no habrá muerte, ni llanto, ni lamento ni dolor, porque las primeras cosas han dejado de existir” (Apocalipsis 21:1, 3b-4).

El coronavirus y todas las plagas que han devastado el mundo dejarán de existir; pero la corona de justicia que se les dará a aquellos que aman al Señor Jesús nunca perecerá ni se desvanecerá.

¿En dónde encontramos paz en medio de una pandemia? Solamente en Jesús. La cuestión para todos nosotros es esta: ¿vamos a confiar en Él?

Posdata

¿He respondido todas las preguntas que ha planteado esta crisis? No. En absoluto. Personalmente, aún me quedan muchos cabos sueltos y temas que quisiera tener más claros. Pero sé que algún día entenderé:

“Ahora vemos de manera indirecta y velada, como en un espejo; pero entonces veremos cara a cara. Ahora conozco de manera imperfecta, pero entonces conoceré tal y como soy conocido” (1 Corintios 13:12).

Mientras tanto, seguiré el consejo del gran predicador del siglo diecinueve, Charles Haddon Spurgeon:

“Dios es demasiado bueno como para ser cruel, y es demasiado sabio como para equivocarse. Cuando no podemos ver Su mano, debemos confiar en Su corazón”.⁴⁶

Espero que este libro te haya animado a confiar en Él; o, al menos, que te haya mostrado que el Dios que llevó una corona de espinas aún es digno de tu tiempo y de tus pensamientos. Espero que investigues más profundamente y así descubras que en realidad Él da esperanza y paz sin importar lo que suceda en los meses y años que vendrán.

Notas de texto

- 1 Reporte de la Misión conjunta de la OMS y China sobre la enfermedad del Coronavirus 2019 (COVID-19) (febrero de 2020).
- 2 “Director de los Institutos nacionales de la salud: ‘Estamos en una curva exponencial’” en *The Atlantic*, 17 de marzo de 2020.
- 3 mphonline.org/worst-pandemics-in-history (consultado el 20 de marzo de 2020).
- 4 citizen.co.za/news/south-africa/courts/2256298/pray-in-groups-of-no-more-than-70-twice-a-week-for-the-sake-of-sa-mogoeng (consultado el 20 de marzo de 2020).
- 5 “God vs. Coronavirus” [“Dios vs. coronavirus”] en *The New York Times*, 10 de marzo de 2020.
- 6 theguardian.com/world/2020/mar/13/first-covid-19-case-happened-in-november-china-government-records-show-report (consultado el 23 de marzo de 2020).
- 7 *Crime and Punishment* [*Crimen y castigo*] (Clayton, 2005), 233.
- 8 *Collected Letters*, Vol. 3 [*Colección de cartas*, Tomo 3], (Nueva York, 2000), 520. Lewis no está diciendo aquí que las criaturas —los seres humanos— se convierten literalmente en Dios. Más bien, se está refiriendo al hecho de que volverse cristiano por medio de la

- confianza en Cristo implica que somos incluidos en la familia de Dios como Sus hijos (ver Jn 1:12-13; Jn 3:1-21).
- 9 *The Universe Next Door* [El universo de al lado] (IVP, 2010).
- 10 El karma (en el hinduismo y el budismo) es la suma de las acciones de una persona en uno de sus estados sucesivos de existencia, y se considera que es decisivo para su suerte en la próxima vida.
- 11 Job 42:7-9.
- 12 Job 1:13-19.
- 13 Ver, por ejemplo, Juan 9:1-3.
- 14 1 Corintios 11:20.
- 15 *Dialogues Concerning Natural Religion* [Diálogos sobre la religión natural], parte 10 (1779).
- 16 *River Out of Eden* [El río del Edén] (Basic Books, 1992), 133.
- 17 *The Brothers Karamazov* [Los hermanos Karamazov] (1880), libro 11, capítulo 4.
- 18 “Time to Stand Up” [“Es tiempo de levantarse”] (Freedom From Religion Foundation, 2001).
- 19 *Virtue Ethics* [La ética de las virtudes] (Nueva York, 1991), 2-3.
- 20 *The Will to Power* [La voluntad de poder] (1888), 389.
- 21 *Twilight of the Idols* [El ocaso de los ídolos] (Penguin, 1990), 80-81.
- 22 *The Gay Science* [La gaya ciencia] (Vintage, 1974), 282.
- 23 *The Miracle of Theism* [El milagro del teísmo] (Clarendon Press, 1982), 115-116.
- 24 weforum.org/agenda/2015/11/are-viruses-actually-vital-for-our-existence (consultado el 20 de marzo de 2020).

- 25 *Rare Earth [Tierra rara]* (Springer, 2000).
- 26 Santiago 1:13.
- 27 Traté este tema más detalladamente en mi libro
¿Predeterminados a creer? (Publicaciones Andamio, 2019).
- 28 Traducción por D. W. Gooding MRIA.
- 29 *The Gulag Archipelago [El archipiélago Gulag]* (Collins, 1974), 168.
- 30 *Black Mass [Misa negra]* (Farrar, Straus & Giroux, 2007), 198.
- 31 Para más información sobre este tema, consulta mi libro
Disparando contra Dios (Publicaciones Andamio, 2019), capítulo 7.
- 32 Hechos 17:31.
- 33 Romanos 3:23 en la versión *La Biblia de las Américas*.
- 34 Éxodo 20:3-17.
- 35 *The Problem of Pain [El problema del dolor]* (Geoffrey Bles, 1940),
81.
- 36 Levítico 13:1-46.
- 37 “On Living in an Atomic Age” [“Sobre la vida en una era
atómica”] en *Present Concerns: Journalistic Essays [Preocupaciones
actuales: Ensayos periodísticos]* (1948).
- 38 [foreignpolicy.com/2020/03/13/christianity-epidemics-2000-
years-should-i-still-go-to-church-coronavirus](https://foreignpolicy.com/2020/03/13/christianity-epidemics-2000-years-should-i-still-go-to-church-coronavirus) (consultado el 20 de
marzo de 2020).
- 39 *Ibíd.*
- 40 *Ibíd.*
- 41 *The Great Divorce [El gran divorcio]* (Signature Classics, 2012),
427.

42 *I Choose Everything* [*Lo elijo todo*] (Lion Hudson, 2010), 176-178.

43 2 Samuel 22:33-34.

44 Isaías 40:31.

45 2 Timoteo 4:7.

46 <https://www.goodreads.com/quotes/1403154-god-is-too-good-to-be-unkind-and-he-is>.